



AÑO I

← BARCELONA 10 DE DICIEMBRE DE 1882 →

Núm. 50

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

LA SEMANA EN EL CARTEL, por don J. R. y R.—NUESTROS GRABADOS.—PIPÁ (continuación), por Clarin.—EL RELOJ DELATOR, por don Francisco Perez Echevarría.—NOTICIAS GEOGRÁFICAS.—NOTICIAS VARIAS.—EL PRIMER BUQUE DE VAPOR, por D. Manuel Aranda

GRABADOS.—UN BRINDIS, cuadro de Montefusco.—UN DUELO EN EL PALATINADO, cuadro de Hugo Oehmichen.—ATRACCION SINGULAR, cuadro de Hans Dahl.—MODELO DE CÁLIZ, labrado por Stuart Thorpe.—CORNELIA SZEKELY, declarada reina de la belleza en el certámen celebrado en Buda-Pesth (Primera reproduccion fotografica).—EL PRIMER BUQUE DE VAPOR.—Lámina suelta.—LA BATALLA DE CHAMPIGNY, 3.<sup>a</sup> y 4.<sup>a</sup> láminas.

LA SEMANA EN EL CARTEL

¡Francisco Planté! De nadie se habla tanto en Barcelona como de este famoso pianista. Camino de Madrid, en estos momentos, tengo por seguro que allá como aquí ha de ser objeto de admiracion unánime. Planté ha inaugurado una excursion por España, muy rápida desgraciadamente, pues los grandes artistas que siembran asombro para recoger triunfos, dejan al marcharse un vacío en el alma.

Planté no es un mero intérprete de Schubert, de Mendelssohn, de Chopin, de Beethoven, sino un verdadero creador: es el poeta del piano. Este difícil instrumento pulsado por sus nerviosas manos, arroja sonidos nunca

soñados: desaparece la percusion para hacer plaza al canto. El efecto es maravilloso. Imposible imaginar tamaño prodigio. Las notas tersas, puras, melifluas, brotan á borbotones, sin atropellarse, se enlazan y se cruzan, crecen vigorosas hasta el estruendo, semejante al terrible fragor de la tormenta, y decrecen hasta producir un suave murmullo, parecido al eco de una lejana melodía.

Las manos de Planté no conocen dificultades materiales; su espíritu no concibe sino la belleza depurada, la quinta esencia del primor y la delicadeza. En sus raptos de entusiasmo, cuando martillea las teclas con potente mano, conmueve y arrebata; cuando las acaricia blandamente, cautiva y embelesa. ¡Temperamento singular el de este artista, que tiene el vigor de un gigante y la dulzura



UN BRINDIS, cuadro de Montefusco



de una virgen! El triunfo que ha alcanzado en Barcelona no tiene precedentes. Es quizás el único artista que no ha sido discutido, ni por los oyentes más meticulosos y avaros de entusiasmo. De buenas a primeras supo avasallar al público, fundirlo en un solo cuerpo y animarlo de un solo sentimiento, la admiración.

Larra, el inolvidable *Figaro*, fundó una dinastía de autores dramáticos. A su hijo D. Luis, que tantas obras ha dado a la española escena, viene a unirse su nieto, cuya primera producción, una comedia titulada *Fuera caretas!* acaba de estrenarse en el *Teatro de la Comedia* de Madrid. La obra ha sido recibida con justa benevolencia, pues no es lícito exigir a los autores noveles aquella experiencia que sólo se adquiere con el tiempo, ni es bueno tampoco descorazonarles con severas censuras, cuando revelan condiciones innegables. El joven Larra apunta los tipos con soltura, escribe con gracejo y versifica con suma facilidad: no es aún un autor, pero tiene medios sobrados para llegar a serlo.

Una de las mayores satisfacciones de un escritor debe ser sin duda la de verse comprendido y celebrado no sólo en su patria, sino en el extranjero. Este honor le cabe a nuestro Echegaray, cuyas mejores obras se representan en Italia, y se traducen al alemán y al sueco. Su drama *O locura ó santidad* ha sido vertido a este último idioma, publicándose precedido de un prólogo encomiástico, que honra al par que a nuestro gran dramaturgo, a la moderna literatura castellana.

El público de Bolonia es, entre todos los de Italia, el más propicio a las innovaciones de la música moderna. Allí alcanzan siempre grandes triunfos las obras de Wagner; allí nació, puede decirse, la reputación de Arrigo Boito, ese músico italiano prosélito convencido y entusiasta del arte germánico. Pues bien, en Bolonia se prepara, si no se ha celebrado ya, el estreno de la ópera *Mac Donald* de Ulrich, autor nacido en América y educado en Leipzig y Bruselas. Esta producción es esperada con un interés muy legítimo, dado el actual decaimiento del arte italiano, que se nutre exclusivamente del repertorio antiguo.

Después de 42 años de olvido se ha puesto en Mantua *Il Muratore di Napoli* del maestro Aspa, ópera que con ser tan trasnochada, ha tenido buena acogida.

En el *Fianzo* de Milan se ha estrenado un aparatoso baile titulado *L'Isola dell'avenire*.—En el *Manzoni* de la propia ciudad ha causado sensación el drama de Erckmann-Chatrian *Los Rantzau*, vertido al italiano, al igual que todas las obras afortunadas que en París se estrenan. Finalmente, en Mantua ha sido muy bien recibida la comedia nueva de Bertazzoli *Le colpe degli altri*, de argumento sobrio y bien desarrollado y lenguaje fácil y espontáneo.

Los periódicos de Londres vienen contando maravillas de la nueva magia de Gilbert y Sullivan *Yolande*, cuyo estreno anuncié en mi precedente revista. Esta obra es un cuento de hadas que da motivo a una exhibición prodigiosa de magníficas decoraciones y riquísimos trajes. El público inglés muestra especial predilección por esta suerte de espectáculos.

En el *Astley Theatre* representase una transcripción de la popular novela de Dickens *Bleak House* (La casa lúgubre).

Dos nuevas óperas alemanas: la una se titula *Thusnelda*, es original de Gramnén y se ha estrenado con gran éxito en Koenigsberg: la segunda, en el *Opernhaus* de Berlín, es original de Von Perfall, intendente del Real Teatro de Múnich; titúlase *Raymondin* y su argumento está basado en la fábula de la hermosa Melusina, asaz manoseada en Alemania para que pueda excitar interés alguno.

En Darmstadt se ha celebrado un acto artístico muy notable, procediéndose a la representación de la tragedia de Sófocles *Antígona*, con las piezas de música que Mendelssohn compuso expresamente para esta obra. La escena estaba dispuesta como el antiguo teatro griego y los detalles más insignificantes habían sido objeto de un estudio especial, de suerte que nada dejaban que desear en punto a propiedad histórica. El ilustrado público pudo transportarse por algunas horas a los hermosos tiempos de la famosa Atenas.

Los bruseleses han tenido el buen gusto de recibir desfavorablemente el drama de circunstancias *Crime du Pecq*, inspirado en el proceso Fenayrou, cuyas representaciones ha prohibido en París la censura previa. Consuélese los autores: todos los negocios tienen sus quebras.

*Amhra* se titula un drama de M. Grangeneuve, estrenado en el *Odeon* de París. *Amhra* es el grito de guerra de los antiguos galos y con esto queda fijada la época de la acción de este drama, que choca en verdad con la índole naturalista y realista de las producciones modernas. Inspirada esta producción en levantados sentimientos patrióticos y escrita en sonoros y robustos versos, revela en su autor un poeta de fibra y aliento, y en el público que la ha aplaudido con entusiasmo, ese espíritu ecléctico y libre de preocupaciones de arte y escuela, tan propicio al arte.

*Les Varietés de Paris* abre la marcha a la balumba de revistas que al final de todos los años aparecen en los teatros parisienses, presentando los hechos culminantes ocurridos durante el año, en una forma más ó menos

chocante ú oportuna y siempre cuajada de alusiones de todas clases. La primera obra del género, estrenada en *Varietés*, ha nacido con buena estrella.

En los conciertos *Lamoureux* se ha cantado un drama musical, *Sardanapale*, letra de Berton y música de Duvernoy. ¡Arriesgada empresa la representación de una obra dramática sin acción teatral, sin gestos, ni movimientos, ni trajes, ni decoraciones! Todo el interés estriba en la música, y muy grande ha de ser el valor de ésta para que el interés no decaiga. El maestro Duvernoy ha alcanzado un triunfo relativo, logrando que su producción fuese escuchada y en ciertos pasajes aplaudida. Hay sin embargo en la música de *Sardanapale* más ciencia que inspiración; mucho *savoir faire* y poca originalidad.

El sábado debía estrenarse el nuevo drama de Sardou *Fedora*, y sabiendo que la interpretación de la protagonista corre a cargo de Sarah Bernhardt, queda explicada la ansiedad del público parisiense. En la próxima revista consagraremos a esta producción el espacio que merece la justa fama del autor y de la intérprete.

En tanto, prepárense las señoras. Sarah Bernhardt desde la excelsitud de su trono ha expedido un decreto, que no podrá menos de sancionar la Moda, ese poder misterioso é incontrastable. Trátase de un nuevo abanico, un abanico completamente inédito. La famosa actriz lo ha ideado, lo ha mandado construir expreso y va a sacarlo en la primera representación del drama de Sardou; llevará el nombre de *Fedora*... y hará fortuna, basta que la Bernhardt lo quiera.

Y habiendo cumplido con este deber de galantería para con el bello sexo, bien puedo despedirme hasta la semana próxima.

J. R. R.

## NUESTROS GRABADOS

### UN BRINDIS, cuadro de Montefusco

El bello sol de Italia comunica, como el de España, a las escenas campestres, ese sello característico de los países meridionales, que en vano buscaríamos en las comarcas del Norte. En aquellos todo es vida, luz, color, animación; todo invita a disfrutar de los dones y galas de la naturaleza, y así lo comprende sin duda la pareja de nuestro grabado que dejando el estrecho recinto de la ciudad por la amena campiña, invierte en una hostería de las inmediaciones los ahorros de la semana tomando un modesto refrigerio sobre manteles, ménos blancos sin duda que los de la limpia mesa de García del Castañar, pero que no por eso privan a los manjares del sabroso gusto que la ocasión les presta, ni al vino, más ó ménos puro, de las condiciones necesarias para inspirar un brindis en honor de la linda morena que debe ser dueña del corazón del imberbe mozalbete. Al contemplar esta escena se comprende que el hombre verdaderamente feliz es el que no ambiciona más de lo que tiene.

### UN DUELO EN EL PALATINADO cuadro de Hugo Oehmichen

El exámen del grabado de este título nos releva de la necesidad de hacer su descripción, por cuanto claramente se echa de ver el asunto en que el artista se ha inspirado. Dicho grabado es una reproducción fidelísima de un cuadro de los llamados *de género*, a los que más especialmente se ha dedicado su autor, y en el cual son de admirar algunas figuras hábilmente trazadas, entre las que descuella la del anciano que a la derecha y en primer término lee con profundo recogimiento en su libro de devociones, no siendo ménos notables otros detalles del lienzo, y particularmente el contraste que ofrece el llanto y aflicción general con la necesidad, verdaderamente germánica, que obliga a algunos de los circunstantes a apurar grandes vasos de cerveza, probablemente a la *salud* del difunto. No cabe negar que en nuestra patria hay costumbres originales, pero a buen seguro que a nadie se le ocurriría recrear el paladar y el estómago ante el féretro de un amigo y el dolor de la familia.

### ATRACCION SINGULAR, cuadro de H. Dahl

Hay un principio físico que dice: polos de distinto nombre se atraen, y sin duda las mozas de este cuadro quieren demostrar prácticamente la exactitud del aforismo. Ciertamente la demostración es algo ruda, pero las leyes de la naturaleza se han de cumplir inevitablemente y nuestras profesoras se complacen en el experimento con alegría infantil. Ignoramos a qué le sabrá la broma a la víctima de ella; mas, después de todo, la cosa no trae malicia: si las muchachas consiguen marear al barquero en el agua, ¿quién nos dice que no sea en justa venganza de haberlas mareado a ellas en tierra firme?... Lo mejor en tales casos es no meternos en honduras: el cuadro del artista noruego es delicioso; queremos creer que la intención de esas tres rústicas gracias es tan inocente como la risa que se escapa de sus labios.

### MODELO DE CALIZ, labrado por Stuart Thorpe

Esta bella pieza de orfebrería ha sido ejecutada por el citado artífice, discípulo de la Escuela de Artes de Sheffield, para aspirar al premio ofrecido por el duque de Norfolk, que obtuvo en efecto. Inspirándose en los trabajos de los plateros de los siglos xv y xvi que se dedicaron con especialidad a los de esta clase, M. Thorpe

ha aplicado a su cáliz una artística ornamentación en armonía con el destino de semejante objeto, dándole el carácter de sencilla majestad y de religiosa expresión que requiere todo vaso sagrado.

### CORNELIA SZEKELI

declarada reina de la belleza en el certámen celebrado en Buda-Pesth

Aun cuando en nuestra *Ilustración* no damos cabida a los grabados que representan asuntos de actualidad, por las razones expresadas en nuestro prospecto, por hoy faltamos a este propósito, deseosos de satisfacer la justa curiosidad de nuestras amables lectoras, ofreciéndoles el retrato de Cornelia Szekely, joven de 16 años, proclamada reina de la hermosura en el concurso celebrado recientemente en la capital de Hungría, con motivo de la fiesta popular de San Estéban. Con mayor oportunidad hubiéramos podido incluir entre nuestros grabados el retrato de la doncella premiada, mas noticiosos de que la joven Szekely no había permitido que la fotografiaran hasta tener dispuesto un traje hecho expreso, preferimos aguardar con tal de presentar a dicha joven bajo su verdadero aspecto; de suerte que el retrato que hoy insertamos es la imagen fiel de la misma, copiada cuidadosamente de su fotografía.

Para nosotros los españoles, entusiastas de otros tipos y de otros rostros más meridionales, la belleza de Cornelia no pasará de vulgar, en este país donde las mujeres han alcanzado en todos tiempos merecida fama de hermosas y donde aquella hubiera tenido innumerables y más dignas competidoras; pero debemos advertir que en Hungría la belleza no consiste en la regularidad y delicadeza de las facciones, sino que se da mucha mayor importancia a una mirada viva y tierna que anime la expresión del rostro é irradaie sobre todo el conjunto de la fisonomía, por más que esta sea un tanto abultada. Respetando los gustos de cada país y sin ánimo de rebajar en lo más mínimo la belleza de Cornelia, debemos confesar que nos hallamos mucho mejor con la de nuestras compatriotas, que con sus perfectas facciones y su abrasadora mirada serian capaces de trastornar a todo el jurado de Buda-Pesth.

### PIPÁ (Continuación)

POR CLARIN

### III

Dejábamos a Pipá, cuando interrumpí mi relato para examinar sus creencias a la ligera, en el acto solemne de disponerse a atacar la fortaleza de la Casa de Dios, que defendían la bruja Pujitos y el monaguillo, y más que monaguillo pillastre, Celedonio. Sucedió, pues, que Celedonio, bien agarrado al cancel, arrojaba las inmundicias de su cuerpo sobre Pipá, que desde la calle sufría el desprecio con la esperanza de una pronta y terrible *vendetta*. Maripujos daba palos al pavimento, porque a Pipá no llegaba a la jurisdicción de sus muletas.

Miró Pipá en derredor: la plaza estaba muy desierta.

Nevaba. Empezaba a oscurecer. Era, como César, rápido en la ejecución de sus planes el pillete, y viendo que el tiempo volaba, arremetió de pronto, como acomete el toro, gacha la cabeza. Subió los escalones, extendió el brazo, y cogiendo al monaguillo por la fingida púrpura de la talar vestimenta, arrancóle del sagrado a que se acogía y le hizo rodar buen trecho fuera de la iglesia, por el santo suelo. Arrojóse encima como fiera sobre la presa, y vengando en Celedonio todas las injurias que el mundo le hacía, con piés, manos y dientes dióle martirio, pisándole, golpeándole con los puños cerrados y clavando en sus carnes los dientes cuando el furor crecía.

Poco tardó el monaguillo en abandonar la defensa: exánime yacía; y entonces atrevióse Pipá a despojarle de sus atributos eclesiásticos; vistióselos él como pudo, y despojándose de la careta que guardó entre las ropas, entró en la iglesia, venciendo sin más que un puntapié la débil resistencia que la impedida Maripujos quiso oponerle.

Dentro del templo ya era como de noche: pocas lámparas brillaban aquí y allá sin interrumpir más que en un punto las sombras. Parecía desierto. Pipá avanzó, con cierto recelo, por la crujía de las capillas de la izquierda. No había devotas en la primera ni en la segunda. Al llegar a la del Cristo Negro como llamaba el pueblo al crucifijo de tamaño natural que estaba sobre el altar, Pipá se detuvo. Allí era. A un lado y otro del Cristo, colgados de la abundante y robusta vegetación de madera pintada de oro que formaba el retablo, había infinidad de ex-votos; brazos, piernas y cabezas de ángeles de cera amarilla, muletas y otros atributos de las lacérrimas humanas, y además algunas mortajas de tosca tela negra con ribetes blancos.

Valga la verdad, Pipá, olvidando por un instante



que todos los cultos merecen respeto, de un brinco se puso en pié sobre el altar, descolgó una mortaja, y encima de su ropa de monaguillo, vistiósela con cierta coquetería, sin pensar ya en el peligro, entregado todo el espíritu á la novedad del sacrilegio. Cuando ya estuvo *vestido de muerto* volvió á acomodarse sobre el rostro la careta de papel de marquilla que él creía figuraba perfectamente las *facciones* de un esqueleto; y ya iba á saltar del profanado tabernáculo, cuando oyó pasos y ruido de faldas que se aproximaban. Era una beata que venia á rezar una especie de *última hora* á los piés del Cristo Negro. Pipá procuró esconderse entre las sombras, apretando su diminuto cuerpo contra el retablo. Las oscilaciones de una luz que brillaba en una lámpara á lo lejos, á veces dejaban en lo oscuro la mortaja de Pipá, pero otras veces la iluminaban haciéndola destacarse en el fondo dorado de la madera. Pipá permaneció inmóvil. La beata, que era una pobre vieja, rezaba á sus piés, con la cabeza inclinada. No le veía.—Esperaré á que concluya, pensó Pipá.—Buena determinación para llevarla á cabo. Pero la vieja no concluía; el rezo se complicaba, todas las oraciones tenían coronilla, y de una en otra amenazaban convertirse en la oración perpetua.

El pillastre no podía estarse ya quieto. Además, la noche se echaba encima y no iba á poder embromar á nadie. Se decidió á jugar el todo por el todo. Y dicho y hecho; con un soberbio brinco, saltó por encima de la vieja y con soberano estrépito cayó sobre la tarima, y en pié de súbito, corrió cuanto pudo hácia la puerta, y dejó el templo ántes de que los gritos de la beata pusiesen en alarma á los pocos devotos que aún oraban, al sacristan y otros dependientes del culto. La vieja decía que había visto al diablo saltar sobre su cabeza. Celedonio juraba que era Pipá, y contaba el despojo de sus hábitos, y Maripujos sostenía que le había visto salir vestido con una mortaja.... Dejemos á los parroquianos de Santa María entregados á sus conjeturas, comentando el escándalo, y sigamos á nuestro pillete.

IV

Los últimos trapos blancos habian caído sobre calles y tejados; el cielo quedaba sin nieve y empezaban á asomar entre las nubes tenues, como gasas, algunas estrellas y los cuernos de la luna. La plaza de Lopez Dávalos estaba desierta. El jardinillo del centro sin más adornos que magros arbolillos desnudos de hojas y cubiertos los pelados ramos de nieve, se extiende delante de la gran fachada del Palacio de Híjar, de la marquesa viuda de Híjar. La plaza es larga y estrecha, y en ella desembocan varias callejuelas que tienen á los lados tapias de pardos adobes. Todo es soledad, nieve y silencio; y la luna corre detrás de las nubecillas, ora ocultándose y dejando la plaza oscura, ya apareciendo en un trecho de cielo todo azul é iluminando la nieve y sacando de sus copos burbujas de luz que parecen piedras preciosas. Una de las ventanas del piso bajo del *Palacio* está abierta. Detrás de las doradas rejillas se ve un grupo que parece el que forman Jesús y María en *La Virgen de la Silla*; son la marquesa de Híjar, hermosa rubia de treinta años, y su hija Irene, ángel de cabellera de oro, de ojos grandes y azules, que apenas tendrá cuatro años. Irene sentada en el regazo de Julia, su madre, apoya la cabeza en su seno, y un brazo en el hombro; y con los dedos de muñeca juega con el brillante que adorna la bien torneada oreja de la viuda. La otra mano de Irene está apuntando con el dedo índice á la fugitiva luna; los ojos soñadores siguen la carrera del astro misterioso. Irene examina á su madre de astronomía. La marquesa, que sabe á punto fijo quién es la luna, y cuáles son las leyes de su movimiento, se guarda de contar á su hija estos pormenores prosaicos. La luna es una dama principal que tiene un gran palacio que es el cielo; aquella noche, que es noche de carnaval en el cielo también, la luna da un gran baile á las estrellas. Las nubecillas que corren debajo son los velos, los encajes, las blondas que la luna está escogiendo para hacer un traje muy sutil, de vaporosas telas; porque el baile que da es de trajes, como el que Irene va á celebrar en su palacio, al cual acudirán á las nueve todos los niños y niñas de la ciudad que son sus amigos. Cuando Julia termina su fantástico relato de las maravillas del cielo, la niña permanece callada algun tiempo; mira á su madre y mira á la luna y brilla en sus ojos la expresión de mil dudas y preguntas.—Y las estrellas, ¿de qué van vestidas?—Van vestidas de magas, ¿no las ves? manto negro con chispas de oro....—¿Y bailan en el aire?—Sí, en el aire sobre las nubes.—¿Y cómo no se caen?—Porque tienen alas.—Yo quiero un traje con alas.—Yo te lo haré, vida mia.—¿De qué lo haremos?...

Y la madre y la hija se entretienen en buscar tela para unas alas, allá en su imaginación; que ambas la tienen muy despierta y fustigada con el silencio y la soledad de aquella noche dulce y serena.

Pero de pronto Irene hace un gracioso mohín, echa hácia atrás la cabeza, y salta en el regazo de su madre.

—¡Yo quiero máscaras, yo quiero máscaras! grita la niña, volviendo á la realidad de su capricho de toda la tarde.—Pero, monina mia, si ya es de noche, ¿cómo han de pasar máscaras?—Tú decías que hoy las había, y no he visto ninguna. ¡Yo quiero máscaras!—Esta noche las tendrás en casa.—Esas no son máscaras, yo quiero máscaras.... máscaras!...

En la imaginación de Irene, las máscaras eran cosa sobrenatural. Nunca las había visto, porque era aquel año el primero en que su conciencia se despertaba á esta clase de conceptos; recordaba vagamente haber sentido miedo, mucho miedo, no sabía si viendo ó soñando con máscaras; este terror vago que le inspiraba el nombre de la cosa desconocida contribuía no poco al anhelo de aquella niña nerviosa y de gran fantasía, que quería ver máscaras aunque tuviese que huir de pavor al verlas.

Toda la tarde había pasado Julia en la ventana esperando que un transeunte de los pocos que pasan por la plaza de Lopez Dávalos, tuviera la humorada de venir disfrazado, para dar contento á su adorada Irene.

En vano esperaron, porque la misma tristeza y soledad de que Pipá se quejaba en la calle de Extremeños, reinaba en la plaza y en el jardinillo de Lopez Dávalos. La marquesa recurrió al engaño de que se disfrazaran los criados y pasaran delante de la reja en que Irene aguardaba con febril ansiedad el advenimiento sobrenatural de los máscaras; pero ¡ay! que la niña conoció á la chacha Antonia y á Lucas el cochero bajo los dominós de colcha que también reconoció su perspicacia. Fué peor el remedio que la enfermedad; Irene se puso furiosa; aquel engaño que minaba el palacio de sus fantásticas creaciones carnalescas, la irritó hasta hacerla llorar media hora no escasa. Ya cerca del crepúsculo pasó una máscara efectiva.... pero la niña no quiso reconocer su autenticidad, aquello no era una máscara: era un famoso borracho de la ciudad que celebraba las carnestolendas con una borrachera mejorada en tercio y quinto y luciendo, ceñido al talle, un mirriñaque de estera en toda su horrible desnudez.—Eso no es una máscara, gritó Irene, ese es Ronquera!— y en efecto así llamaban al borracho.

Cuando salió la luna, el mal humor de Irene se distrajo un punto con las fábulas astronómicas de Julia.... pero luego volvió la niña á su tema, al capricho de las máscaras; y volvía á llorar, y á dar pataditas en el suelo, ya del todo desprendida de los brazos de su madre.

Por fortuna, del próximo callejón de Ariza se destacó un bulto negro, pequeño, que con solemne paso y tañendo una campanilla se acercó á la ventana. Irene metió la cabeza entre las rejillas, cesó en el llanto y se volvió toda ojos.—¡Una máscara!— exclamó estupefacta, llena de un terror que le daba un placer infinito. Julia la tenía en sus brazos y miraba también con inquietud al aparecido, que se diría procedente del Campo Santo, á juzgar por el traje que arrastraba, más que vestía.

Era Pipá con su disfraz de difunto, con su careta de calavera y su dominó-mortaja. La campanilla era de su propiedad. Pipá necesitaba un instrumento, porque ya he indicado que era eminentemente músico; todos costaban un dínaral; pero un día en que había celebrado un concordato con el sacristan de Santa María, dando tregua al *culturkampff*, había obtenido, en cambio del servicio prestado, que fué llevar el Señor á la aldea con el párroco, una campanilla de desecho. Y ésta era la que tocaba con majestuosa y terrible parsimonia, convencido de que con tal complemento la ciudad entera le había de tomar por un resucitado. Detrás de su careta Pipá se veía, con los ojos de la fantasía, como algo colosal por lo formidable, y estaba tentado á tenerse miedo á sí mismo; y un poco se tuvo cuando, ya de noche, se vió solo atravesando las oscuras callejuelas.

Al dar consigo en la plaza de Lopez Dávalos, sintió inmensa alegría, porque vió á la *mona del Palacio* asomada á la reja del piso bajo, y se decidió á darle la broma más pesada que recibiera chiquilla de cuatro años. Con esa vaga intuición que tiene el artista en sus grandes obras, Pipá al acercarse á la ventana, comprendió lo grande del efecto, de la fascinación que su presencia iba á producir en Irene. Acercóse, pues, con paso cada vez más lento y majestuoso, y tocando su campanilla con el más ceremonioso aparato, con grandes pausas en el tocar, y levantando el brazo con rigidez absoluta.

Irene, fascinada por el terror y el encanto de lo sobrenatural, muda de curiosidad, tenía el alma toda en los ojos; su madre, por temor á interrumpir el encanto de la niña, callaba y esperaba el desenlace de aquella extraña escena. Todos callaban: hay momentos en que el silencio es el único lenguaje digno de las circunstancias. La luna, libre de velos, alumbraba con toda su luz el tremendo paso.

Ya llegaba Pipá á la reja; á cada paso veía que su tamaño aumentaba, pensaba crecer y tocar las nubes. Sin sospechar que su rostro no se veía, dábale la más espantable expresión que podía, como si la careta fuese á tomar los mismos gestos y muecas.

Irene, al ver tan cerca la aparición escondió la cabeza en el regazo de su madre, pero, en seguida, volvió á mirar sin acercarse á las rejillas, entre las que ya asomaba la máscara de Pipá su figura de calavera. Y en aquel instante crítico, Pipá, creyendo ya indispensable decir algo digno de la ocasión solemnísimas, con toda la fuerza de sus robustos pulmones gritó, ahuecando la voz cuanto pudo:—Moo! Moo! Moo! por tres veces.

Irene lanzó un estridente chillido, pero al punto se contuvo; prefirió temblar de terror á prescindir del encanto que la tenía fascinada. Se había puesto palidilla y trémula.—¡Que no, que no se vaya!— dijo á su madre, que, asustada al ver en tal estado á la niña, apostrofaba á Pipá enérgicamente y le amenazaba con la escoba de los criados.

Pipá sufrió un desencanto. ¿Cómo? ¡á un muerto, á un resucitado, á un *pantasma* se le amenazaba con escobazos lacayunos!...

Pero no prevaleció lo de la escoba, porque la voluntad de Irene se interpuso, reclamando nuevos alaridos de la máscara.—¡Moo! ¡moo! repitió Pipá, alentado con el buen éxito.

—¡Que entre la máscara! dijo entonces Irene, que se iba familiarizando con el terror y lo sobrenatural. A Pipá no le pareció bien la idea de convertirse en fantasma manso; aquellas transacciones las creía indignas de su categoría de aparecido. Así que, al ver á Lucas el cochero que se le acercaba ofreciéndole franca entrada en el palacio, sin manifestar pizca de miedo ni de respeto, Pipá protestó con dos ó tres *coces* que animaron más que ofendieron al criado; y quieras, que no quieras, sujeto por una oreja, tuvo que entrar el fantasma en el gabinete donde con ansia que le daba fiebre, esperaba Irene, refugiada en los brazos de su madre.

Era un camarín divino, como diría Echegaray ó cualquier imitador suyo, aquel en cuyos umbrales se vió Pipá *velis nolis*. Parecióle el mismísimo cielo, porque todo lo vió azul y lleno de objetos para él completamente nuevos, pero hermosos; la segunda impresión y la más fuerte, fué la de aquel aire tibio y perfumado que ni en sueños había sospechado Pipá que existiera. ¡Qué dulce calor, qué excitantes cosquillas en el olfato, qué recreo para los ojos! ¿Qué mansion era aquella que sólo con entrar en su recinto el pobre pilluelo sentía desaparecer aquel constante entumecimiento de sus flacas carnes? ¡Librarse del frío por completo, por todos lados! Este era un lujo que Pipá ni se había figurado. ¡Y aquel pisar sobre tan blando! Allí había unos muebles con botones que debían de servir positivamente para sentarse, algo como bancos y sillas. Si los fantasmas se sentaran, Pipá, sin más ceremonia hubiese gozado el placer de sentir bajo sí aquellas que adivinaba blanduras.

Aquella sí que debía ser la casa del Dios bueno. Irene, la *mona del palacio*, que le contemplaba de hito en hito, cogida á las rodillas de su madre, preparada á refugiarse en el regazo á la menor señal de peligro, debía de ser uno de aquellos niños que fueron pobres, que no comieron dulces en la tierra, pero que despues de muertos el Dios bueno, Papá dios, recoge en su seno y los harta de confituras. Pipá, gracias á su tremenda audacia, entraba, como Telémaco en el infierno, en la mansion celeste, entraba vivo, sin más que vestir el traje de difunto.

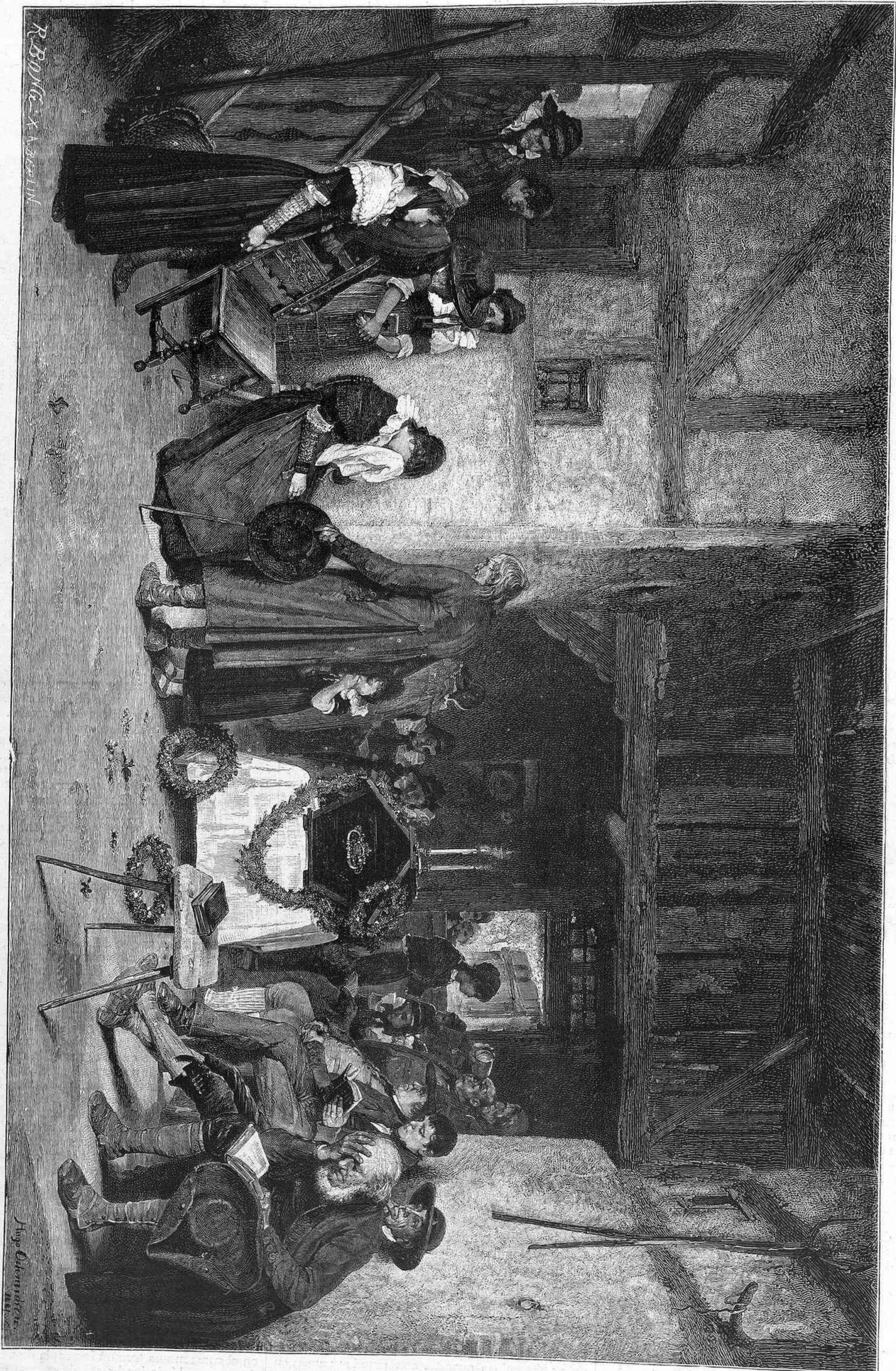
El mismo empezó á creer en su calidad de difunto.

—Entra, entra *Pantasma*, dijo la madre, entra que Irene no te tiene ya miedo.

—¡Moo! replicó Pipá, haciendo así su entrada en el gran mundo. Y dió algunos pasos, sin abdicar de su carácter sobrenatural al que evidentemente debía su prestigio. Pipá estaba convencido de que, si le conocieran, los criados le echarían del palacio á puntapiés. Sabía á qué atenerse en punto á su popularidad.

Cuando estuvo á dos pasos del grupo que le encantaba y que formaban madre é hija, Pipá sintió en el corazón una ternura impropia de un resucitado: se acordó de los brazos de su madre, cuando allá en *la lejana infancia* le acariciaba y le hablaba



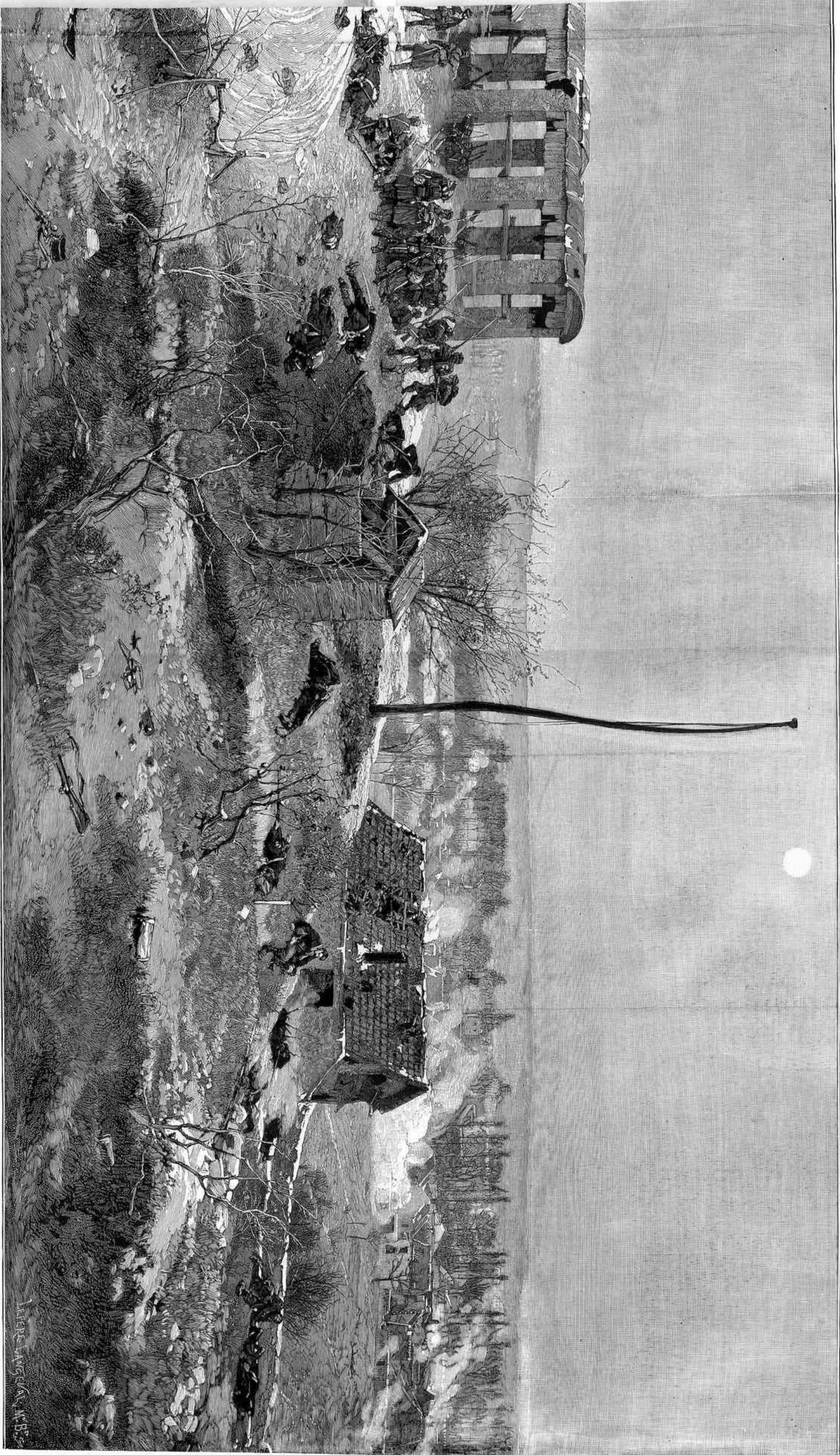


UN DUELO EN EL PALATINADO cuadro de Hugo Wehmann

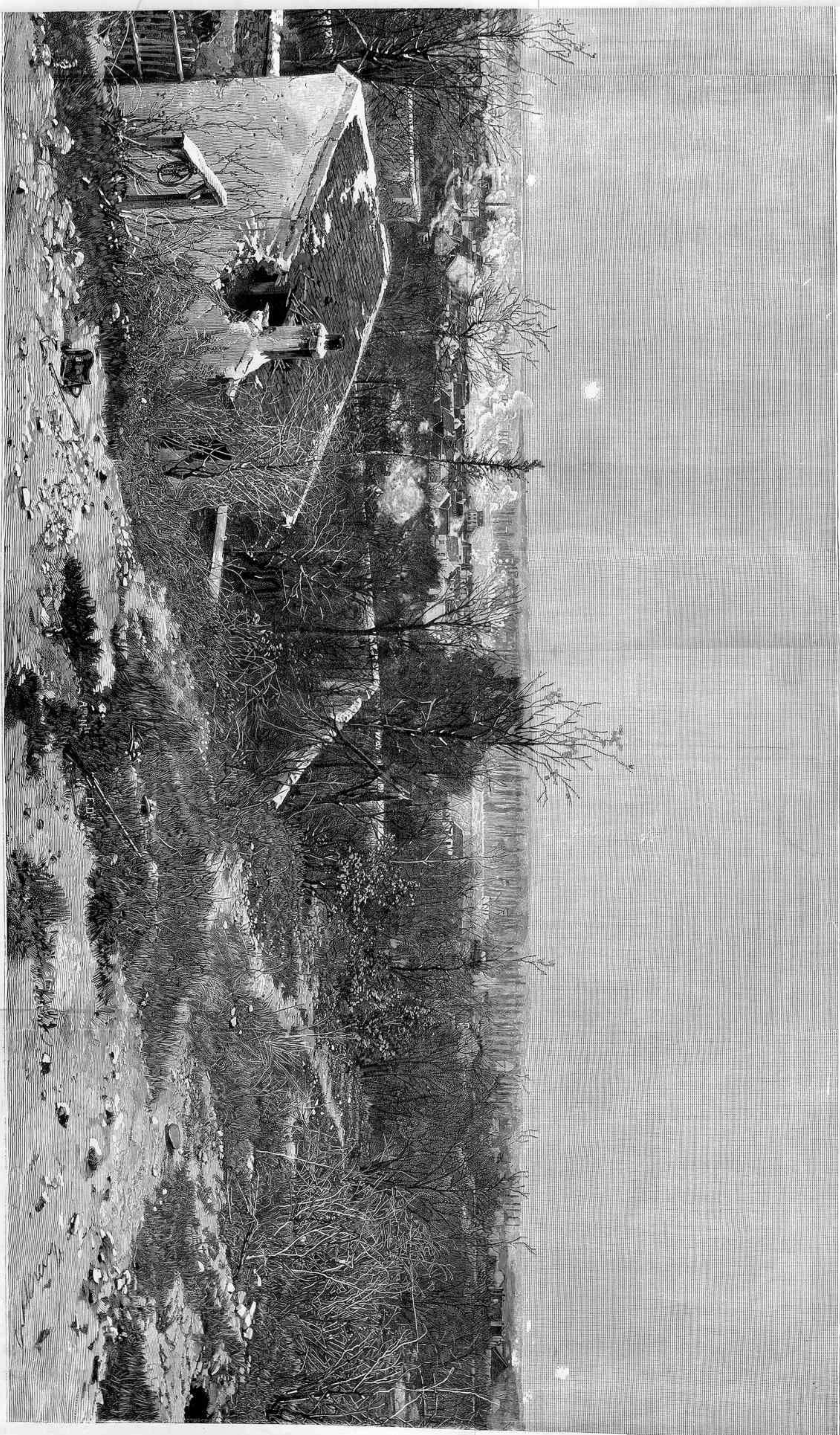
R. BONE X. M. 1871

Hugo Wehmann





HERRING, N.B.





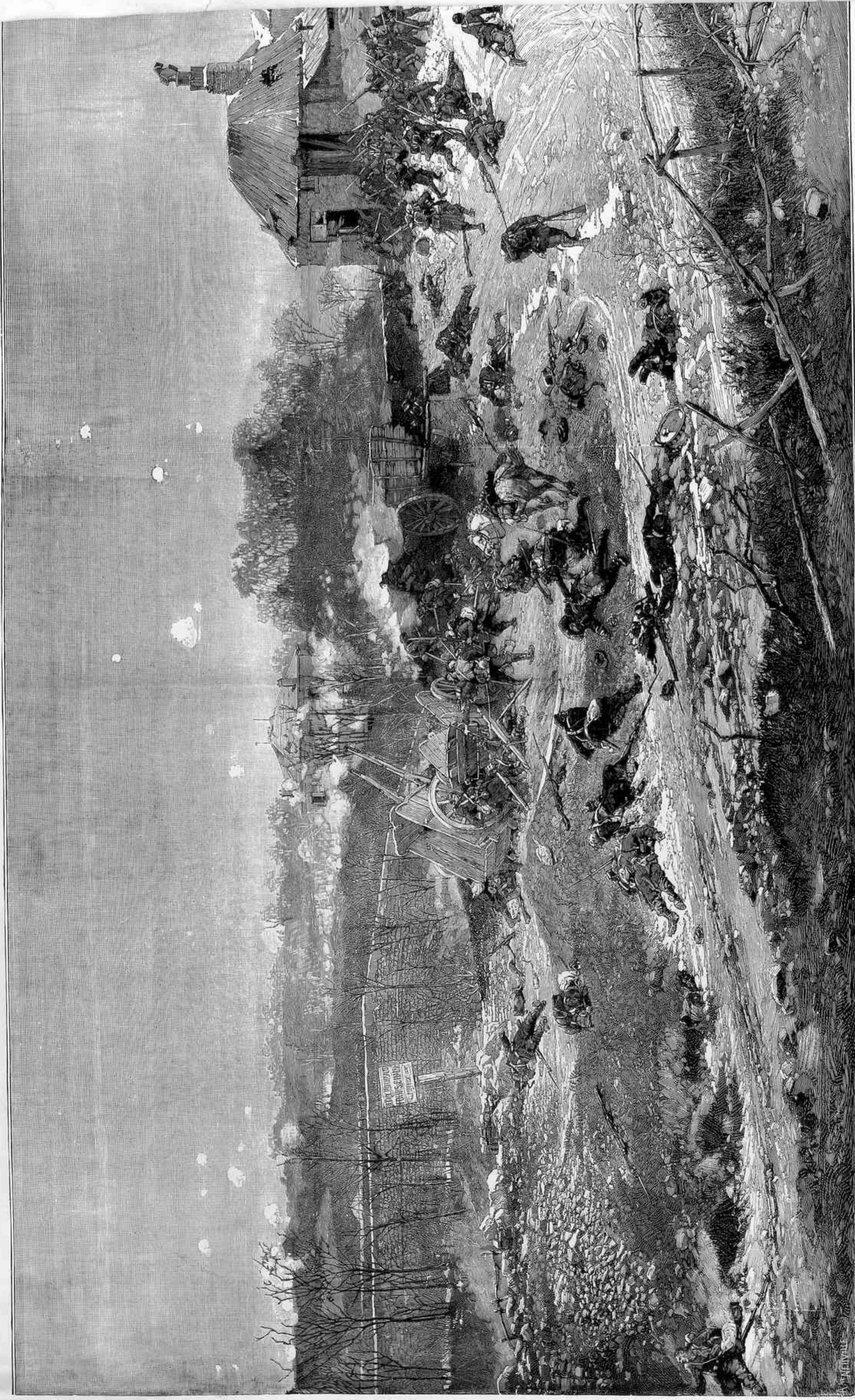


LÁMINA NÚMERO 3.— LA BATALLA DE CHAMPIGNY

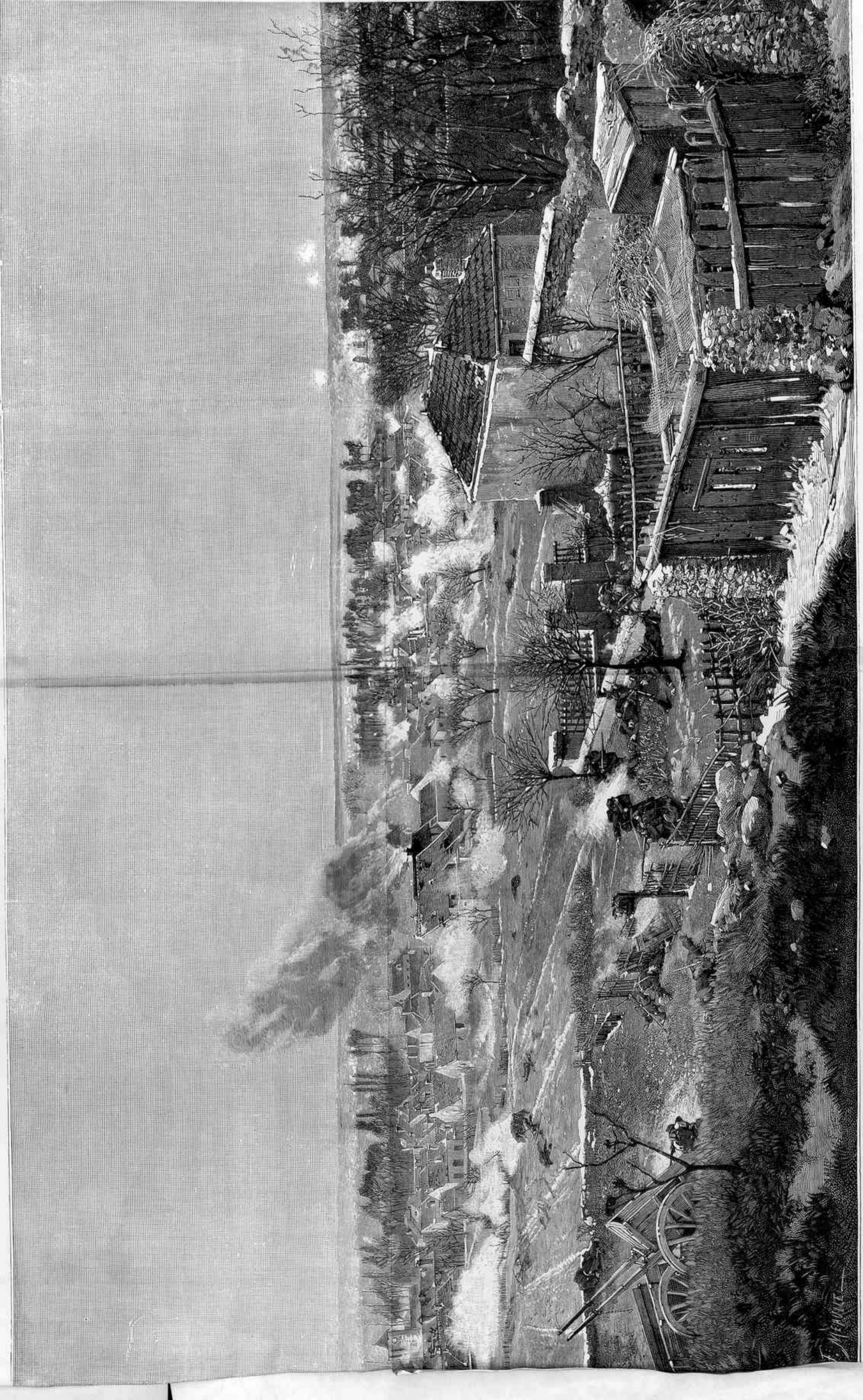
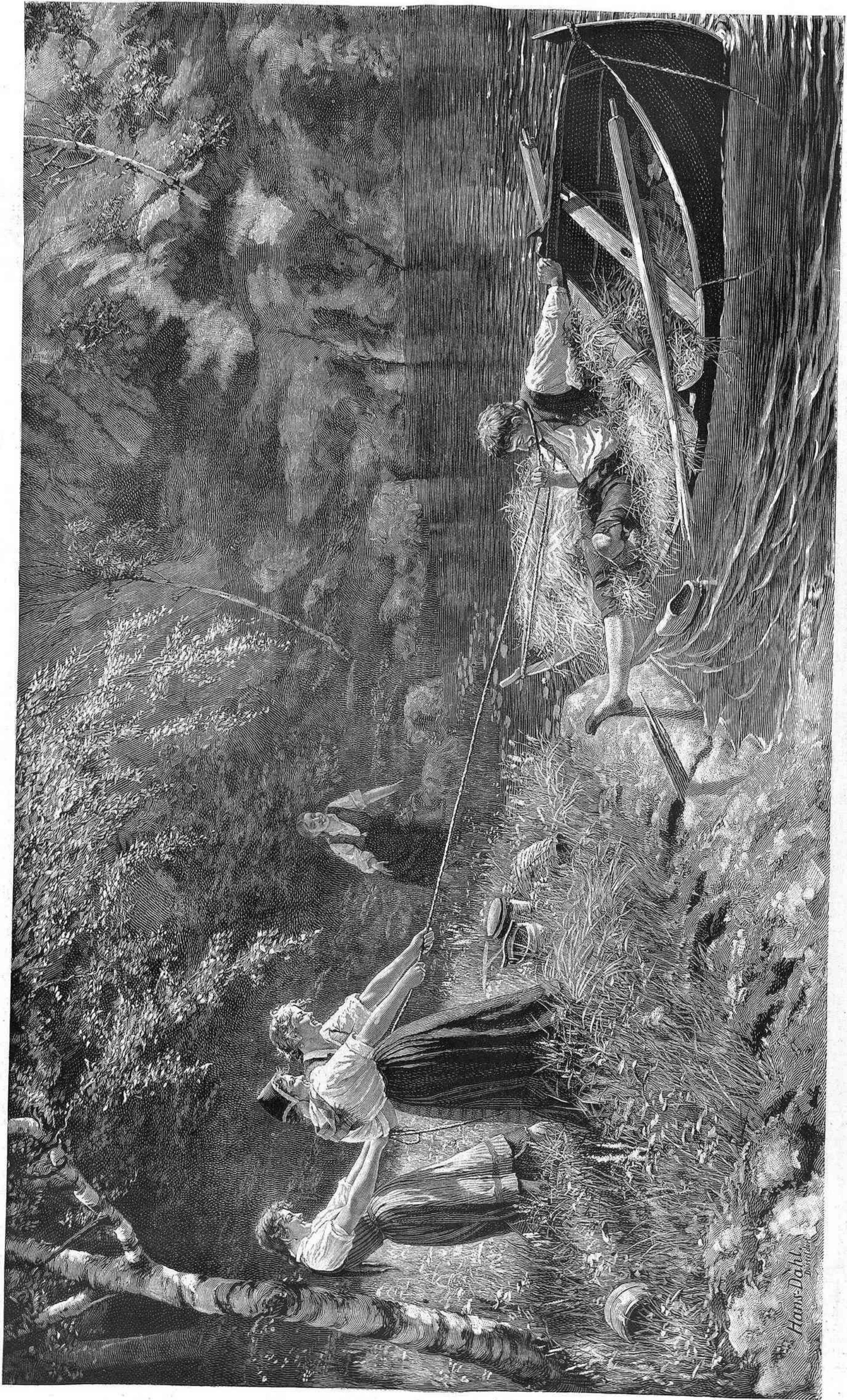


LÁMINA NÚMERO 4.— LA BATALLA DE CHAMPIGNY









ATRACCION SINGULAR, cuadro de Hans Dahl

Hans Dahl  
Düsseldorfer



de los dulces del cielo. Pero su madre no era tan hermosa como esta. Si Pipá hubiera sido un creyente antojárasele que era aquella la madre de Jesús. Pero el pobre pilluelo había aprendido á ser libre pensador en las prematuras enseñanzas de la vida; en su cerebro, tan dado á los sueños, nadie había sembrado esas hermosas ilusiones mitológicas que muchas veces dan fuerza bastante al hombre para sufrir las asperezas del camino. Toda su mitología se la había hecho él solo, sin más orígenes que los cuentos de su madre respecto á las recompensas confitadas del Papá Dios. Todo lo demás que Pipá sabía de metafísica era cosa suya, como ya hemos visto.

—¿Cómo te llamas? preguntó Julia alargando una mano blanca y fina al espantado fantasma.

—¡Moo! dijo Pipá, que de ningún modo quería que se le tomase por un cualquiera.

Y no correspondió al saludo.

—Se llama máscara, se atrevió á decir Irene, que iba tomando confianza. Al ver que la máscara tardaba tanto en comérsela, empezó á creer que las máscaras no comían á las niñas, y de una en otra vino á pensar, que en definitiva una máscara era una muñeca muy grande, de máquina, que hablaba y andaba sola, y que servía para divertir á los niños. Se le figuró, por fin, que Pipá había costado un dineral, que era una sorpresa que le había preparado su madre.

—Que se siente, añadió la mona con miedo todavía, con un acento que tenía algo de imperativo respecto de su madre, y de recelo y supersticioso respeto en cuanto á la máscara de máquina.

—¡Que se siente! ¡que se siente! —Mona quería probar el juego mecánico de Pipá; si podía doblar las piernas su valor aumentaba mucho.

Mas ¡ay! que Pipá era de los que se rompen, pero no se doblan.—Los fantasmas no se sientan, estuvo por decir, pero toda explicación la juzgaba indigna de su categoría de muerto y dió la llamada por respuesta.

—¿No tienes lengua, máscara? preguntó Julia.

—¡Mooo! rugió Pipá; y sacó la lengua por mitad de la húmeda cartulina que le servía de careta.

Irene estaba encantada. Pipá era el juguete más admirable que había tenido en su vida.

Grandes esfuerzos costó á la viuda satisfacer el deseo de su hija que se empeñó en que Pipá hablase, por lo mismo que á ella le parecía cosa imposible. Pero dádivas quebrantan peñas; Julia sacó dulces, frutas y mil golosinas que Pipá había visto á veces á través de los cristales en los escaparates de las confiterías, en esos grandes festines de vista que se dan los niños pobres cuando en Noche Buena los roscones y ramilletes rebosan en los puestos de dulces, mientras los pobres pilluelos, con los desnudos pies entre el fango de la calle y la boca apretada contra el vidrio helado se hacen unos á otros aquellas insidiosas preguntas:—¿Qué te comerías tú?—Yo aquella trucha de plata con ojos de cristal.—¿Te gustan las peladillas?—Sí, ¿y á tí?—Tambien.—Pues, mira... como si no te gustasen.—Pipá recordaba que de estas orgías fantásticas había salido muchas veces escupiendo por el colmillo el agua que se le venía á la boca. Y ahora tenía enfrente de sí, sin cristal en medio, al alcance de la mano, todos aquellos imposibles con azúcar que habían sido su primer amor al despertar de la infancia. Todo aquello se lo podía comer él, pero con una condición: tenía que hablar.

—Si nos dices cómo te llamas comes todos los dulces que quieras, ¿verdad, mona?

—Sí, y se guarda los demás, añadió Irene para mayor incentivo.

—¡Yo soy un difunto! exclamó Pipá con la voz ménos humana que pudo.

Julia contuvo una carcajada para no destruir el encanto de Irene.

—¿Y cómo te llamas, difunto?

—Pipá, replicó el pillete, echando mano á una caja de dulces, que creyó pertenecerle, cumplida su promesa de hablar. En caso de que su nombre despertara la indignación de los circunstantes, Pipá pensaba salir de allí con toda la dignidad posible y con la caja de dulces, que era suya, si lo tratado es tratado.

Pero el nombre de Pipá hizo el mejor efecto posible. La mona del palacio había oído hablar de él y de sus terribles hazañas, varias amiguitas suyas pronunciaban aquel nombre con terror, y para las niñas, Pipá sonaba así como el Cid, Aquiles, Bayardo, para las personas mayores. Porque entre el bien y el mal, en cuestión de hazañas, no suelen distinguir los niños, y muchas veces tampoco los hombres: se ve que para muchos tan grande hombre es Candelas como Fernan Gonzalez, y Napoleón mucho más célebre que San Francisco de Asís.

Irene sintió que el fantasma crecía á sus ojos, tomaba proporciones de gigante, y la veneración que le tributaba aumentó mucho y con ella las muestras de deferencia que la marquesa, esclava de su hija, tuvo que tributar al enmascarado.

Roto el silencio, la conversación fué animándose poco á poco, y aunque Pipá no renunció por completo al papel de sér sobrenatural que representaba, sin embargo, estuvo dignamente locuaz y comió muchos dulces y bebió no pocos tragos de licores deliciosos, que él no sabía que existiesen.

Irene llegó en su audacia hasta cogerle una mano al fantasma. La marquesa viuda de Hija quisó que Pipá se despojase de la careta, pero ni la niña ni el fantasma lo consintieron. Tener aquel objeto de sublime horror casi bajo su dominio, aquella fiera monstruosa domesticada era el mayor placer imaginable para la niña de viva imaginación.

—¡Quiero que Pipá se quede al baile! dijo con ese tono especial de los que saben que sus palabras son decretos.

Pipá aceptó gustoso. Ya estaba dispuesto á todo, y en cuanto al traspasar, en él era costumbre arraigada.

Por mas que yo quisiera que mi héroe fuese como el más fino y bien educado de cuantos héroes crearon el cantor de Carlos Grandisson ó Mirecourt ó el mismo Octavio Feuillet, no puedo, sin mentir, afirmar que Pipá estuvo todo lo comedido que debiera en el comer y en el beber. Valga la verdad; estuvo hasta grosero.

Porque no se contentó con tragar cuanto pudo, sino que hizo provisiones *allá para el invierno*, como dice Samaniego, llenando de confites de París los maltrechos bolsillos de la chaqueta, los que tenía el ropon de Celedonio y hasta en los pantalones quiso esconder dulces, pero como no tenían bolsillos sino ventanas practicables los pantalones de Pipá, cayeron los dulces pantalon abajo rodando por las piernas hasta dar consigo en la alfombra. Este contratiempo, que hubiera desorientado á otro, Pipá lo vió sin más cuidado que el de recoger las desparramadas golosinas y acomodarlas donde pudo en siendo dentro de la jurisdicción de su indumentaria.

—¿Con que un baile? pensó Pipá, veamos qué es eso.

Estaba poco ménos que borracho y para él ya no había clases, ni rangos, ni convención social de ningún género. Así es que se dejó caer sobre una butaca sin pedir permiso, saboreando las delicias de su vida de difunto y la admiración, que no menguaba con la confianza, que sentía la mona con la presencia del Pipá soñado.

Llegó la hora en que Irene tuvo que ir á vestirse su traje de baile, de toda etiqueta, con cola muy larga, gran escote y guantes de ocho ó diez botones.

Primero Irene tuvo el capricho de trocar este traje, natural en la señora de la casa, por una mortaja como la de Pipá. Julia se opuso, Irene insistió y Pipá tuvo que intervenir con el gran prestigio de su autoridad sobrehumana.

—¡Ay qué boba! ¿crees tú que este traje se puede comprar? Muere y entonces tendrás uno. ¡Moo! ¡Moo!

—Bueno, replicó la mona convencida, pues que venga Pipá á verme vestir.

—*Improper*, dijo la institutriz, que había venido á buscar á Irene para llevársela á su *boudoir* de angelillo.

Pipá no sabía inglés y no entendió lo que la institutriz alegaba para oponerse á tan justa reclamación.

Pero al fin venció la honestidad y Pipá quedó solo por algunos momentos en aquel gabinete azul, alumbrado por una luz muy parecida á la luna, pero más brillante, que alumbraba desde cerca del techo, colgada como las lámparas de Santa María.

En la soledad se entregó Pipá, sin pizca de vergüenza, á satisfacer la curiosidad del tacto, poniendo mano en todos aquellos muebles, manoseándolo todo con riesgo de romper los objetos delicados que sobre consolas y veladores había.

Su gran sorpresa fué la que le produjo el armario de espejo, devolviéndole á la espantada vista la imagen de aquel Pipá sobrenatural que él había ideado al buscar su extraña vestimenta.

Pipá contempló el Pipá de cuerpo entero que tenía enfrente, y volvió de súbito á toda la dignidad y parsimonia majestuosa que manifestara en un principio; porque la imagen que le ofrecía el azogue despertó su conciencia de fantasma. Indudablemente Irene tenía razón para tratarle con tanto respeto. Se reconoció imponente. Acercóse al espejo, tocó casi con la nariz en el cristal, y tocó, sin casi, con la lengua; y aunque esto es también indigno de un héroe, y de cualquier persona formal, cuanto más de un aparecido, es lo cierto que Pipá

estuvo lame que te lamerás el espejo, porque su contacto le refrescaba la lengua que tenía abrasada con el abuso de los licores.

—¡Moo! dijo al fantasma que tenía enfrente, y gesticuló con el aparato de contorsiones que él creía más adecuado al lenguaje mímico del otro mundo.

En esta ocupación fantástica le encontró Irene cuando volvió hecha un brazo de mar, convertida en una muñeca como aquellas que la niña tenía y yacían por el suelo en posturas indecorosas y no todas en la perfecta integridad de su individuo.

Irene, en traje de baile, con el pelo empolvado, con la majestuosa cola, se creyó digna de Pipá, y tomándole la mano, le dijo solemnemente:

—Vamos, que el baile empieza. Ya están ahí los niños, no les digas que eres Pipá, porque echarán á correr y ¡adios mi baile!

Pipá aceptó la mano de la muñeca, que no le llegaba al hombro, y eso que él no era buen mozo, como dejó dicho.

Y seguidos de Julia entraron en el salón de baile el fantasma y la señora que recibía.

(Continuará)

## EL RELOJ DELATOR

### I

Acababa la representación de *Don Alvaro*.

Manuel se acercó á la Condesa y la dijo en voz baja:

—¿Qué te ha parecido la obra?

—Terrible.

—¿Crees en el sino fatal de las criaturas?

—Creo en el castigo de la culpa.

—¿Es decir que tú juzgas culpable al indiano?

—¿Qué duda cabe?

—¿De amor?—insistió Manuel mirándola fijamente.

—De ligereza,—contestó la Condesa bajando los ojos ruborizada.

—Decididamente es la manifestación más gallarda del romanticismo,—decía el Conde á un amigo suyo, en el fondo del palco.—Vea V. con qué atrevimiento están rotos todos los moldes estrechos del arte clásico; y note V. la diversidad de colores brillantes con que el autor ha hecho resaltar el fondo sombrío del cuadro. Esto en cuanto á la forma. En cuanto al fondo será siempre una de las obras más profundas de la dramática española.

—¿En pro del fatalismo?

—En su contra precisamente.—Es un absurdo creer que el hombre camina al abismo á pesar suyo. El saltador de la casa ajena sabe á lo que se expone y nadie es tan ignorante que desconozca los peligros de una pistola cargada, cuando se arroja impremeditadamente al suelo.—A esto, y no al *hado adverso* debe achacarse todo el mal que lamenta D. Alvaro. En cuanto á los Calatrava, á su tenaz deseo de venganza deben el triste fin que el autor les señala, no á esa *fuerza* misteriosa é incontrastable que anula la voluntad humana.

—Ya ves lo que dice tu marido,—dijo Manuel al oído de la Condesa.—Si Don Alvaro hubiese hecho las cosas en regla... ¿Pero á quién se le ocurre dejarse sorprender á mitad de la jornada? ¿A quién tirar la pistola?... Vamos te digo que la *fatalidad* es el disfraz con que hace siglos quiere encubrirse la *tontería*.

—De suerte que tú crees que el mal no es mal...

—Justamente cuando se hace bien. Por eso,—(aquí Manuel rozó casi con sus labios la diminuta oreja de la Condesa)—por eso, alma de mi alma, hechizo de mis ojos, perpetuo deseo de mi vida, cesarán de vagar por tu mente asustadiza los fantasmas del miedo y me recibirás en aquel delicioso *boudoir* de tu quinta. El Conde me ha invitado á la cacería; yo recogeré con fruición tanta honra, y....

En este momento el acomodador del teatro anunció que había llegado el coche. El Conde se apresuró á echar sobre los desnudos hombros de su mujer el abrigo de pieles y los cuatro personajes de esta rápida escena salieron del palco ponderando el acontecimiento de la noche: la millonésima representación de la obra inmortal del duque de Rivas.

—Manolito, mañana á las ocho, ¿eh?

—Sin falta. Adios condesa....

### II

Manolito vivía á lo *garçon*; pero con exquisito buen gusto. Llegó á su casa, confortablemente dispuesta, y se sentó á la mesa más desatendida de la casa: la mesa de escritorio.

Y en seguida trazó estos renglones:



«Querido conde: el telégrafo ha venido á detener el progreso de mi dicha.—Vivimos en perpetuo contraste. Debo salir al momento de Madrid. Negocios urgentes me esperan.—Su desconsolado amigo, *Manuel de Quirós y Vargas.*»

—Juan.

—Señorito.

—Esta carta para el conde; prepárame el baño y llámame mañana á las doce.

—¡Ah!—exclamaba Manolito, enjugándose poco despues en el largo camison de tela turca.—Si D. Alvaro hubiera procedido con más sentido comun ¿quién duda que Leonor.... ¡Leonor!

gala del suelo andaluz  
que ya eres ángel de luz  
junto al trono del señor....

¿Qué cosas tan bonitas se les ocurren á los poetas!... ¡Y pensar que la condesa será mañana mía!... ¡Ya lo creo que será mía!... Como que yo no daré motivo para que se albórote el barrio, ni para que se me disparen las pistolas.... ¿Cuántas horas faltan para mi dicha? A ver.... ¡Diablo de reloj!... Estoy para estamparle contra el suelo.

—¡Juan!

—Señorito.

—Mañana me comprarás el reloj más seguro que haya en Madrid.

—Descuide V., señorito.

—¡Pues es una friolera! Un mueble tan indispensable en estos momentos.... ¡Ah, condesa! no incurriré yo en tonterías de esta especie.... Ya sé que un enamorado tiene que estar muy conforme con el tiempo, vivir al minuto, no retrasarse un segundo.... Descuida: la fatalidad se ha hecho para los incautos.

—¿Apago, señorito?

—Apaga.

—Buenas noches.

III

Manolito se jactaba de prevenir todos los incidentes de la vida; pero á pesar de esto llegó temblando á las tapias del jardín de la magnífica posesion del conde. ¿Será que el crimen asusta más que el peligro?

Dijimos que la posesion del conde era una quinta de recreo y nos equivocamos. Llamándola fortaleza con honores de *chateau* moderno, hubiéramos estado en lo cierto.

A la hora que llegó Manolito cerca del *perpetuo deseo de su vida*, todo yacía en profundo reposo. La sombra, madre protectora de amantes trasnochadores, no había de faltar en ocasion tan solemne á uno de sus predilectos hijos. Llegó, trepó y saltó con febril ligereza, y, ya al pié de la ventana del *boudoir* soñado ¿qué había de ocurrir? Una mano temblorosa separó los calados visillos, la palidez de la muerte se retrató en el semblante de la condesa, sonó la falleba y un «vete» azorado y comprimido resbaló al oído de Manolito, como rumor apenas perceptible.... ¿Irse un amante estando de caza el marido?... No era Manolito excepcion de la regla general para hacer semejante disparate. Saltó la última brecha y ganó el baluarte sencillo del hogar, tan difícil al atrevimiento cuando el honor sagrado le escuda.

En la primera entrevista de dos amantes criminales, el éxtasis precede al delirio. Manolito y la condesa se fundieron en una mirada silenciosa que duró mucho tiempo; lo ménos dos minutos. Despues sonó un chasquido; el chasquido de un beso. Despues otro; el chasquido de un látigo. La condesa y Manolito se pusieron en pié, rígidos y trasfigurados, como debieron quedar los espíritus rebeldes á los primeros acentos de cólera del Dios de las venganzas.

—¡El!—dijo la condesa.

—No temas,—contestó Manolito en tono irónico,—vengo sin armas.

—Ocúltate aquí, en este cuarto.

Manolito obedeció, y la condesa puso delante de la puerta un amplio sillón de raso.

Poco despues penetraba el conde en el *boudoir* de su mujer y la daba un beso en la frente. Muchos maridos tienen esta costumbre. Hacen bien.

—Pues has de saber, querida mía, que he recibido un propio del duque anunciándome la caída del Ministerio.

—¿Y te vas?—dijo la condesa con un mal humor fingido de irreprochable factura.

—Sí, hija mía, en cuanto descansen los caballos.

—¡Qué fastidio!

—Sí, es un fastidio,—repitió el conde echándose á lo largo del sillón, colocado precisamente junto á la puerta por donde saliera Manolito.

El conde y la condesa se abismaron en sus pensamientos.

Así pasaron algunos minutos.



MODELO DE CÁLIZ, LABRADO POR STUART THORPE

De pronto el conde levantó la cabeza, sacó el reloj y se lo aplicó al oído.

—No: este no es.... ¡Cosa más rara!

—¡Qué!—dijo la condesa.

—Que suena un tic-tac, tic-tac, fuerte y acompasado.... como si hubiera un reloj de Bachschmid detras de esta puerta.

La condesa palideció horriblemente.

El conde se puso de pié.

—Será un reloj mio,—se apresuró á decir la condesa.

—¿De Bachschmid?—dijo el conde con aire de duda.

—No sé.

—Vamos á verlo.

—No.

—¡Ah!...

Hubo un momento de pausa. El conde era un gran carácter; un caballero de raza; un marido excelente. Había conocido á su mujer en la miseria y la había sacado de entre el vulgo indiferente para elevarla á su altura. De una cursi hizo una gran señora. Estas mujeres suelen pagar muy mal la honra que la suerte loca les dispensa.

Nada más fácil para el conde que castigar á los culpables. Un marido engañado tiene siempre la fuerza poderosa de la razon. El conde tenía además la fuerza de los puños. Cogió á su mujer del brazo y la separó violentamente de su lado. Sacó despues al traidor amigo y obligándole á manejar una espada le atravesó el corazon con la rapidez y seguridad del que cree herir en justicia.

El conde contempló largo rato el cadáver de Manolito.

—¡Desdichado!—exclamó moviendo tristemente la cabeza.

Despues oyó un tic-tac, tic-tac, que hizo latir su corazon con golpe acelerado.

Era el reloj de Manolito.

El conde le sacó del chaleco y le examinó detenidamente.

—¡A quién se le ocurre traer esto!... Bah!—mur-

muró el conde cada vez más abismado.—De no ser esto.... positivamente hubiera sido otra cosa.

Y dirigiéndose al sitio donde, deshecha en sollozos, se hallaba la condesa, la dijo:

—Guarde V. esa prenda como recuerdo del crimen de esta noche. Si vuelve V. á delinquir, encarque V. á sus amantes que sean más cautos.

Y echándole una mirada de compasivo desprecio se alejó de ella para siempre.

A los pocos dias, revolviendo los extraviados ojos á todas partes, la condesa se tapaba los oídos para no oír el *tic-tac* del reloj de Manolito; pero cuanto más procuraba alejarse del ruido delator, más tenaz, más vibrante, más seguro resonaba en su alma angustiada.

Un día cesó de escucharle. Se estaban apagando los latidos de su corazon. Al penetrar los criados en la estancia, la condesa murmuraba todavía: *tic-tac, tic-tac.*

Y sin embargo, hacia mucho tiempo que el tic-tac del reloj de Manolito no sonaba.

Lo llevaba la condesa en su conciencia.

FRANCISCO PEREZ ECHEVARRÍA

NOTICIAS GEOGRAFICAS

ANTIGUOS MONUMENTOS EN EL ASIA MENOR.—Un viajero alemán, M. Sester, que acaba de recorrer el Asia Menor, dedicado á las investigaciones arqueológicas, ha descubierto en la inmediacion del Eufrates, en el punto donde este rio se abre paso á través del monte Taurus, unos monumentos de dimensiones gigantescas y completamente ignorados hasta el dia. En una montaña de dos mil metros de altura que se eleva en el país situado entre Madatich, Sanisat y Diarbekir, hállanse los restos de unos edificios que alcanzan hasta diez y ocho metros de elevacion y están cubiertos de inscripciones que se han conservado casi intactas, pero indescifrables aun. Estos monumentos parecen anteriores á la época asiria, y en su inmediacion se ve la sepultura real de los antiguos Comágenas, lo cual induce á suponer que esos vestigios formaban parte de un gigantesco panteon.

NOTICIAS VARIAS

LOS ANIMALES SALVAJES EN LAS INDIAS.—De un informe oficial resulta que durante el año 1881 fueron muertas en la India por las serpientes 18,670 personas y 2,757 devoradas por las fieras; entre estas y los reptiles exterminaron tambien 43,699 cabezas de ganado. En el mismo espacio de tiempo se ha dado muerte á 254,968 serpientes y 15,274 fieras, habiendo gastado el gobierno una suma de 102,810 rupias por las primas ofrecidas para el exterminio de esos animales tan nocivos y peligrosos.

\* \* \*

LA TELEGRAFÍA EN CHINA.—El celeste imperio se ha decidido poco á poco á introducir en el país ciertos progresos europeos que había rechazado hasta ahora: entre ellos se cuenta el telégrafo.

Hace algunas semanas, una orden imperial permitía establecer una línea telegráfica desde Shanghai á Tientsin, línea que hoy, en virtud de una nueva orden del soberano, se acaba de prolongar hasta Pekin.

La oficina telegráfica de la capital se halla establecida en el edificio del ministerio de Estado: dos mandarines son los directores, ó más bien los vigilantes.

Estos funcionarios, en efecto, tienen por mision examinar minuciosamente todos los telegramas, tanto á la salida como á la llegada, á fin de asegurarse que no contienen nada peligroso para la seguridad del Estado.

Como la lengua china no tiene alfabeto, no se presta á las exigencias de la telegrafía, y en su consecuencia háse acordado que los telegramas se redacten en francés ó en inglés. Los jesuitas establecidos en Pekin han obtenido autorizacion para instalar en su convento una oficina donde el público pueda hacer traducir los telegramas en una de dichas lenguas mediante una corta retribucion.

EL PRIMER BUQUE DE VAPOR

En uno de los últimos dias del mes de agosto de 1807 agolpábase al muelle de Nueva York que daba al rio Hudson una muchedumbre curiosa, y más que curiosa burlona, con objeto de presenciar la partida de un buque de extraña forma anclado en aquel rio. Este buque tenía 50 metros de largo por 5 de ancho, y estaba provisto de dos ruedas de paletas de 5 metros de diámetro, llevando además en su pequeña bodega una caldera de 20 piés de longitud y una maquinaria que entonces parecía bastante complicada, asemejándose mucho á las que hacían funcionar los aparatos de ciertas fábricas recién establecidas.

Por la cubierta de aquel buque iba y venia un hombre de poco más de cuarenta años de edad, de fisonomía inteligente y enérgica, en cuyas facciones se echaba al punto de ver la perseverancia é indomable carácter propio de las personas que consagran toda su vida á la realizacion de una idea, sin que les arredren obstáculos ni les hagan desistir de su empeño los más insuperables contratiempos; almas vaciadas en el molde de los grandes inventores y á las que Dios parece haber dotado de la incontrastable constancia de que carecen los espíritus adocenados y vulgares.



Aquel hombre estaba dando la última mano á los preparativos de marcha, y poco despues, á la una de la tarde, puso en movimiento su barco, al compás de las risotadas, sarcasmos y rechiflas de una multitud estúpida, que en su ignorancia no podía comprender las ventajas ni la inmensa trascendencia que andando el tiempo había de tener aquel ensayo.

Sin embargo, cuando aquella multitud vió que la embarcacion surcaba majestuosamente las aguas del Hudson, cuando observó que avanzaba gallarda y sin tropiezo con rapidez inusitada, dejando en pos una espumosa estela en el agua y un arremolinado rastro de espesa humareda en el aire, sus sentimientos cambiaron con esa veleidat que caracteriza al vulgo de todos los países, y las burlas anteriores se trocaron en aclamaciones de entusiasmo que hicieron más señalado el triunfo del ilustre inventor.

«Fué indecible, escribe un amigo suyo, la sorpresa y la admiracion de que se sintieron repentinamente poseidos todos los testigos de aquella prueba. Los más incrédulos cambiaron de modo de pensar en pocos minutos, y ántes que el barco hubiera andado un cuarto de milla, estaban totalmente convertidos. Más de uno que, á la vista de aquella costosa embarcacion, daba gracias á Dios por no haber invertido su dinero en lo que él calificaba de insensato proyecto, iba cambiando de fisonomía á medida que el barco se alejaba del muelle y aceleraba su marcha, y á su primera expresion de asombro seguía una sonrisa de aprobacion. Algunos hombres necios é ignorantes, que pretendian seguir zahiriendo al inventor, acabaron por enmudecer ante la realidad de los hechos, y aquel triunfo del genio arrancó á la muchedumbre aplausos y aclamaciones tan inmoderadas como soeces habian sido poco ántes sus dicerios.»

El marino que tan indiferente se mostraba á las burlas como á la admiracion de sus compatriotas, era Roberto Fulton, el célebre inventor de la navegacion por vapor, y aquel buque, el *Claremont*, el primero que dió resultados prácticos y que inició la brillante marcha que luego ha seguido este medio de comunicacion.

Los dos grabados que acompañan á este escrito presentan á la vista del lector el mecanismo que instaló Fulton en dicho buque, mecanismo sobrado elemental si se compara con nuestros vapores actuales, pero que en su esencia es el mismo usado en la actualidad. El balancin lateral, las ruedas de paletas, los dos cilindros y demás piezas, que son las disposiciones fundamentales de los buques de vapor, y en especial de los fluviales, fueron las principales aplicaciones de Fulton, que bastan para demostrar todo el valor de la obra llevada á cabo por el ingeniero americano.

El *Claremont* emprendia, como hemos dicho, su primer viaje de Nueva York á Albany, y así se anunció en



CORNELIA SZEKELY

Declarada reina de la belleza en el certámen celebrado en Buda-Pesth (Primera reproduccion fotográfica)

los periódicos, añadiendo que admitia pasajeros á bordo; pero nadie se atrevió á tomar pasaje en un buque, cuya navegacion se consideraba tan problemática como peligrosa. No por esto desistió Fulton, y partió absolutamente solo.

La distancia entre Nueva York y Albany, poblaciones situadas á orillas del Hudson, es de 60 leguas. El nuevo buque efectuó la travesía en 32 horas, y regresó en 30: navegó dia y noche, teniendo siempre el viento contrario y sin poder aprovechar ni una sola vez las velas de

perfeccionamientos introducidos progresivamente en la navegacion por vapor, que tan gran revolución ha causado en la marina de todas las naciones y producido tan inmensos beneficios al comercio, á la industria y á la ciencia.

Terminaremos estas líneas refiriendo un episodio verdaderamente conmovedor, ocurrido en el citado viaje.

Hemos dicho que ningun viajero se habia atrevido á acompañar á Fulton en su travesía de Nueva York á Albany. Hubiérale sucedido lo mismo á su regreso, si un francés llamado Andrieux, que á la sazón vivia en la primera de dichas ciudades, no se hubiese atrevido á probar fortuna. Cuéntase que al pasar á bordo para convenir en el precio del pasaje, Andrieux sólo encontró á un hombre ocupado en escribir en su camarote: era Fulton.

—¿Va V. á regresar á Nueva York en su buque? le preguntó.

—Sí, respondió Fulton; voy á hacer la prueba.

—¿Puede V. darme pasaje á bordo?

—Sí señor, suponiendo que esté V. decidido á arrostrar conmigo los inconvenientes que pueda haber en ello, Andrieux le preguntó entonces cuál era el precio del pasaje, y entregó los seis dollars en que se convino.

Fulton se quedó inmóvil, silencioso, contemplando, como absorbido en sus pensamientos, el dinero que tenia en la mano. El pasajero temió haberselo equivocado y le preguntó:

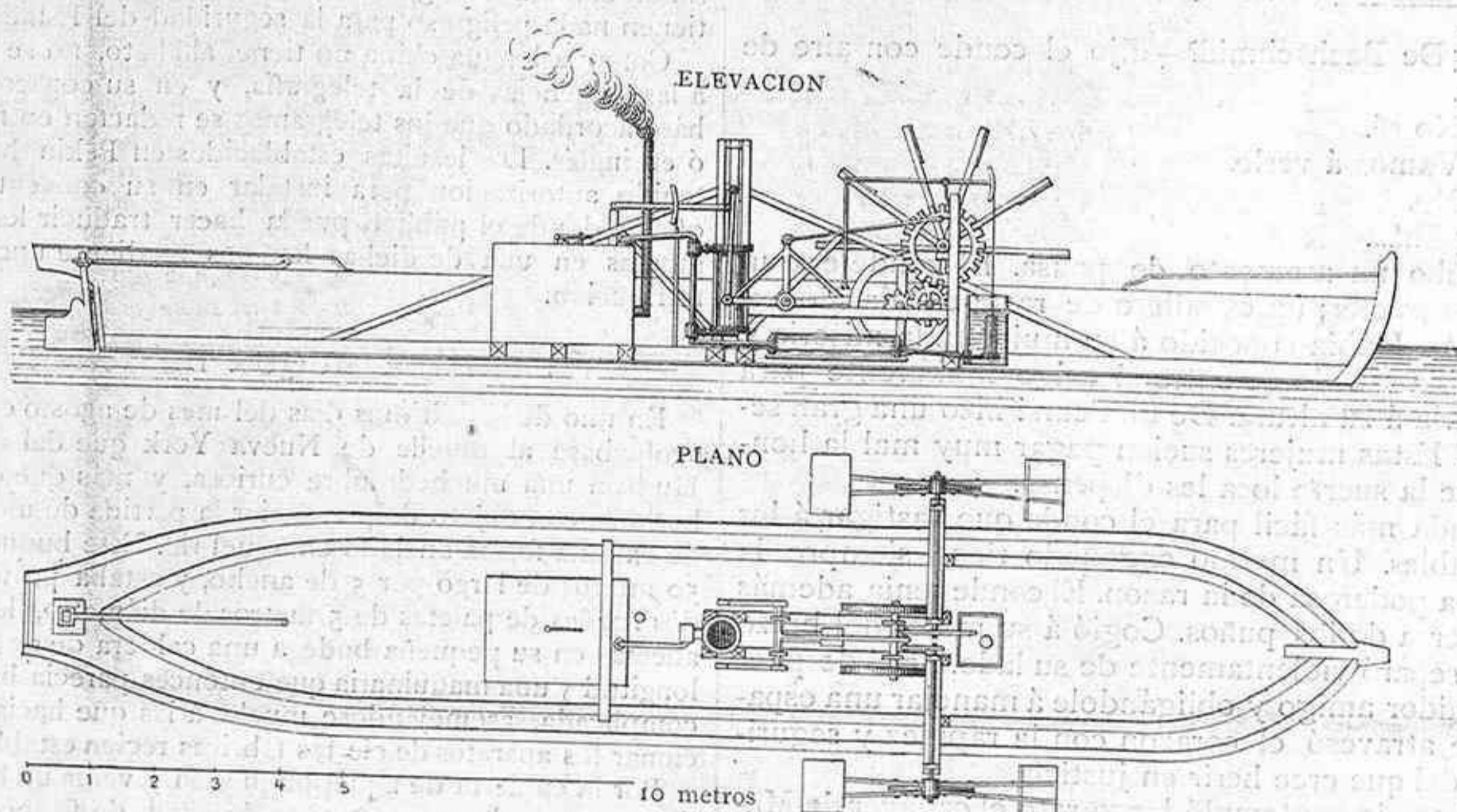
—¿No es eso lo que me ha pedido V.?

Estas palabras sacaron á Fulton de su abstraccion, y levantando la cabeza, fijó en el extranjero sus ojos, velados por el llanto.

—Perdone V., le dijo con voz ahogada: estaba pensando en que estos seis dollars son el primer producto que he sacado de mis prolongados trabajos sobre la navegacion por vapor. Bien quisiera, añadió cogiendo una mano del pasajero, dar á V. albricias por este momento de satisfaccion para mí, convidándole á apurar conmigo una botella de vino; pero soy tan pobre que ni con eso puedo obsequiarle. Confió, sin embargo, en que pagaré á V. esta deuda la primera vez que nos volvamos á ver.

Y en efecto, cuatro años despues volvieron á encontrarse y entonces pudo ya celebrar Fulton como deseaba el grato recuerdo de su primer viaje.

MANUEL ARANDA



EL PRIMER BUQUE DE VAPOR DE FULTON

que estaba provisto. Durante su viaje nocturno, dice un escritor, el *Claremont* difundió el espanto por las solitarias riberas del Hudson. Los periódicos americanos refirieron únicamente su primera travesía, con alguna exageracion sin duda, pero que era la expresion fiel de los sentimientos que á la sazón predominaban.

Para alimentar la caldera se quemaban ramas de pino recogidas en la orilla del rio, y la combustion de aquella madera resinosa producía una humareda densa y abundante envuelta en innumerables chispas, que se elevaba á muchos piés de altura sobre la chimenea del barco. Aquel fulgor insólito, que resplandecía sobre las aguas, rasgando

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON